

## “PEQUEÑOS DETALLES”

En este pueblo, como en otros, a todos nos dan pena nuestros muertos. Si es primavera, ya que no verán los campos florecer ni disfrutarán de las risas conocidas de los vecinos que aún vivimos. Si es invierno, no escucharán la campana que llena el cielo anunciando su despedida. Son de la especie que solo siente el caer del pétalo de una rosa o cómo crecen las semillas que florecen en una sonrisa.

Siempre me ha gustado prestar atención, observar detalladamente todo lo que hay y todo lo que ocurre a mi alrededor. Si contemplas detenidamente cómo brota, discurre y transita una lágrima por el rostro humano, puedes llegar a admirar la belleza que guarda, aunque el motivo de su nacimiento, sea el más amargo o a la vez el más puro.

Lo medianamente común, es escuchar a las personas decir cosas que en muchas ocasiones no tienen sentido o fin alguno. De vez en cuando, me pregunto por qué realmente, siendo que cuentan con un gran supuesto razonamiento, esa capacidad tan distintiva del ser humano que les ayuda a crecer, desarrollarse y avanzar, luego no la destinan a comprender, empatizar y ver la magia de los pequeños detalles... Ciertamente, ¿tan ajetreadas son las vidas? No pueden detener su tiempo, ¿tan solo un segundo?

En nuestro pueblo, puedes escuchar el grito más desgarrador a la vez que se desliza la fría madera por el hueco de hormigón, incluso cuando sellan y cubren el último rayo de luz. Pero, ¿alguien escucha los lamentos internos del que tiene la mirada puesta en el acontecimiento? Esa mirada que se encuentra perdida y refleja que esa oscuridad que va a envolver al difunto, posiblemente sea la que marque el resto de sus días.

Los muertos, por los que las personas velan hasta su último aliento, parten entre sollozos y llantos, a la vez que se les regalan recuerdos de vivencias compartidas y es el dolor de no poder seguir creando nuevas experiencias, lo que emana entre tanta evocación.

Y justo en ese preciso momento o en las semanas contiguas, es cuando comienzan a comprender la pérdida, a asimilar que ese hueco ya nunca se

llenará y que los únicos que volverán a ver amanecer, con suerte, son los protagonistas que componen esa fatídica escena.

Yo soy de los que suelo disfrutar del encanto de cada estación. Sí, cada paso de cada estación, nos demuestra que pese a experimentar el peor de los desastres, la naturaleza no se detiene y continúa su curso. Por dicho motivo, me atrevo a afirmar que examinar cada temporada, me encandila cada vez más.

En invierno, utilizo el poco sol del medio día, para pasar el rato de justo antes de ir a comer, al lado de la fuente, arriba del muro, frente a los columpios. Es curioso como las familias aprovechan las salidas de los colegios, para llevar a sus pequeños al parque, respirar al aire libre y exprimir esa escasa radiación del día. El sonido de la arena cuando se aplasta con las zapatillas mientras corren, el agua que cae, rebota y salpica, el caño al cerrarse, las risas, el *“mírame, estoy aquí”*... Eso, es lo que hace que en los adultos aparezca una repentina sonrisa.

En invierno, es cuando la veo a ella y no manifiesta ni un ápice de alegría de ningún modo. Ella no suena, a ella le resuenan esos sonidos en su hueco interior, como si del eco revotando entre montañas se tratase. Y es que no ha pasado ni un segundo, desde ese fatídico día, que no sepa andar sin divagar por el camino de su vida.

Todos comentan la bendición que es traer un bebé a este mundo, la traba que supone seguir, después de enterrarlo, de eso no comentan nada. La ilusión por reservar una habitación de la casa, decorarla, amueblarla, preparar el espacio para llenarlo con el amor más puro, al paso del negro puente en el que se desmonta para que sea habitada por la rabia, cerrar esa puerta como si de una habitación tapiada se tratase, terminar un matrimonio por no llegar a un entendimiento porque para ella la solución no era volver a gestar otro, vender el piso porque ya no quedaba oxígeno para respirar allí, intentar seguir...

Probar a recibir ayuda es pasado en ella, en su presente, no consigue avanzar, se le ha apoderado su propia aflicción. Ella, intenta sobrevivir al helor de su existencia. Jamás la vi derramar una lágrima, lo que sí veo, es el peso escondido en cada una de sus débiles pisadas que muestran la sombra andante, de una muerta en vida.

En primavera, me gusta estar bien pronto, a primera hora de la mañana, con el sol recién despertado, desperezándose entre las nubes del cielo, en el banco que hay justo enfrente de la gran fuente de la plaza. La pequeña viene muy bien para poder beber, con la grande mantengo las distancias debido a que una vez, me acerqué demasiado al borde y terminé dándome un buen refrescón, creo que no había probado antes un agua tan fría ni había salido tan rápido de su interior, tan de sopetón.

No es que alguien me vaya a quitar mi asiento del banco, pues a esas horas, poca gente pasa o se detiene por dicho lugar. Me desperezo y observo cómo las plantas, van despertando de su largo letargo porque no me debatirán, que la primavera, es la que nos muestra que por muy secas que se puedan quedar las ramas, las raíces, permanecen intactas y, por ende, todos los engranajes vuelven a accionarse, reapareciendo los brotes y floreciendo de nuevo.

En primavera, es cuando lo veo a él. Parece autosuficiente, pese a sus 78 años, no utiliza ni garrote ni andador y si se percata de que estoy, hasta me dedica unas palabras e intercambiamos muestras de afecto. Por lo que creo que las gafas le van bien y al menos, el hemisferio izquierdo, le funciona correctamente a este anciano diestro. Los ojos le brillan durante unos instantes, los disfruto antes de que le vuelva a desaparecer. A veces ese brillo se alarga porque me cuenta que su hijo está en el trabajo y su nieto en la escuela, que él también trabajó mucho y siente orgullo de que su primogénito pueda mantener a su familia, aunque los trabajos de ahora, no sean tan duros como antaño.

Sus manos son grandes, están arrugadas y ásperas. Cuando él verbaliza, yo no puedo dejar de focalizar mi mirada en el temblor que comienza en sus dedos y termina en sus codos. Al anciano sí que lo he visto llorar, se le entre corta la voz, pero el brillo de sus ojos se mantiene, quizás porque el amor por su descendiente pesa más que su soledad. La idea de entrar a una residencia y abandonar su casa, no le hace ninguna gracia, "*mientras yo pueda...*" me justifica constantemente. Siento pena por el abuelo, no comprendo por qué los que llegaron a tenerlos como referentes, los pasan a un último plano y luego son los que se golpean el pecho, cuando los descubren sin vida en su lecho.

En verano, casi entrando la madrugada, subo por las escaleras hasta la replaceta que tiene una estrella bien grande en el suelo y dejo detrás de mí, una fortaleza. Me encanta tumbarme en el centro de esa estrella, estirarme todo lo que puedo y sentir como absorbe cada poro de mi cuerpo, el calor que aún guardan los ladrillos del suelo hasta que me cala, bien adentro.

Las noches de verano guardan una gran incertidumbre. En ocasiones, hay muchos jóvenes en las gradas de enfrente con un altavoz, la música bien alta y sus voces, aún más altas. Conforme pasan las horas, esos volúmenes suben y algún que otro vecino les dice "*aquí hay gente que mañana madruga*", ellos ríen y cuando terminan de consumir sus excesos, se van como si nada. Otras veces, el cielo y yo, somos testigos de cómo dan rienda suelta a pasiones prohibidas y como ya voy conociendo el ritual y ellos no se cortan, solo tengo que girarme y cambiar mi perspectiva.

En verano, después de varias horas y casi dando paso la luna al sol, aparece él. Considero que es joven y no tiene pinta de agresivo, pues los anteriores si que me han lanzado alguna que otra piedra y me ha tocado salir corriendo, pero él no, él me mira, me sonríe y continúa como si nada. Todas las veces que lo he visto, lleva consigo una mochila, me causa curiosidad qué llevará dentro, pues la protege bastante. Alguna vez se ha tumbado a mi lado, hasta me ha llegado a decir "*¿eres el guardián de la estrella?*", yo no le decía nada, pero sí que entornaba los ojos a modo de respuesta, podría decir, que incluso me gustaba la mutua compañía que puntualmente, nos hacíamos.

No decía mucho más, abría la mochila, sacaba una bolsa y se quedaba sentado contemplando una botella de whisky. Cuando los vecinos empezaban a despertar, sacaba un permanente, garabateaba algo en esa botella, la guardaba y se iba. Me gustaría poder entender todas esas letras, parecía un largo jeroglífico que no conseguiré descifrar. En alguna ocasión me puso los pelos bien de punta, porque de repente, se ponía a gritar. Al gritar, le costaba respirar, el pecho se le aceleraba y parecía que el aire, no podía entrar por mucho que aspirara bien fuerte. Ese volcán que de pronto erupcionaba, sí que daba miedo.

Estaba equivocado, la clave era la botella y no lo que escribía en ella. El silencio que allanaba el camino para dar paso a los alaridos, en realidad, era el

resultado de la guerra que se producía en su interior. Las adicciones están demonizadas, ni él mismo cree en él, aunque yo os aseguro que si esa batalla se produce casi a diario es porque no está dispuesto a rendirse.

En verano, los días son más largos, casi igual de largos que el camino que empezó a transitar hace tantos años y que aún no le deja, ni siquiera vislumbrar el final. Solo por el hecho de empezar a sortear esa gigantesca peña, enorme en comparación con la que hay abajo, al inicio del paseo, deambulando entre tinieblas y tragando amargura, yo, sí que confío en él. Confío en el coraje y la fuerza con la que se está enfrentando a su realidad, no creo que haya nada de debilidad en luchar contra uno mismo, al revés, plantar cara al demonio interno e intentar extraerlo desde las mismísimas entrañas, tiene que ser lo más parecido a bajar al infierno y abofetear al diablo. Agotador, sí, pero ahí está, mientras ruge, se que no se está dando por perdido, como el resto de la humanidad.

En otoño, me siento un poco ñoño, no sabría explicar exactamente qué es lo que me pasa, quizás me solidarizo demasiado con las personas porque es la época del año, donde más escasean las sonrisas. Los colores que inundan el paseo, me parecen fascinantes. En un mismo montón de hojas, de esas que cubren la arena, como si de un mar se tratase, se pueden encontrar prácticamente toda la gama cromática desde el amarillo, pasando por el verde hasta el marrón.

No suelo estar mucho por la calle, es la época donde más frío paso, me cuesta aclimatarme, acostumbrarme a los cambios de temperatura y la comida escasea, pero con el tiempo he desarrollado una buena estrategia, tengo mi propio truco para no pasar tanta hambre. Por las tardes, me pongo en la entrada y me hago el distraído, también me apoyo en la barandilla, al lado de las columnas que culminan en forma de cuenco y albergan agua cuando llueve. Mi madre me suele reñir porque dice “*esa agua, es para los pajaritos*”, si supiera que en ciertos momentos los cogería y me los comería todos...

En otoño, deseo que llegue mi tardeo, espero pacientemente a compartir un momento con ella. No sabría decir su edad exacta, por su estatura no llega a tener los 10 años. Tiene una voz muy dulce y a pesar de estar mucho tiempo sin

vernos, cuando nos encontramos, no me deja de lado. Tenemos una conexión tan bonita, me siento tan identificado con ella... Los bocadillos que se come para merendar son de jamón york y me encantan, casi tanto como ella. Se sienta a mi lado y después de darme las buenas tardes, abre la servilleta, la deja en la piedra y me da trocitos pequeñitos. Yo la escucho y si pudiera comunicarme con ella, le argumentaría el por qué la entiendo tanto.

Nunca deja de mover las piernas, se sienta bien atrás para que sus pies no toquen el suelo y poder moverlos en todo momento. El movimiento se acelera conforme más cosas me cuenta. Se alegra al verme, pero es una niña muy triste. A su padre nunca lo conoció, no sabe ni siquiera por qué tiene que vivir con su tío, el cual no es que le preste especial atención, ni por qué su madre tiene que dormir en la cárcel, las niñas y los niños del colegio le habían contando tantas cosas, que parecían saber más de su vida que ella misma.

En otoño, está sola. No recuerdo haberla visto con otros de su edad, nunca cuentan con ella ni para los cumpleaños ni para hacer un trabajo obligatorio de clase. No entiende por qué en el patio la esquivan y a la vez, la miran de reojo y cuchichean. No sabe lo que es pelearse ni defenderse, ella solo quiere jugar con niñas y niños de su edad. Alguna vez, se ha descuidado y al subirse las mangas, he podido ver los arañosos que adornan su antebrazo, a mí me pasa cuando cojo carrerilla, intento saltar y termino en alguna zarza.

Siento que soy de los pocos que la miran y la ven. De los pocos que saben que cuando se pone muy nerviosa, agacha la cabeza y se estira de las mangas del jersey. Me gustaría abrazarla, decirle que esté tranquila, ella no ha elegido estar en ese lugar ni vivir esa vida, bastante tiene con superar el día a día. Ojalá hubiera una fecha en la que su sueño de encajar en la sociedad, se hiciese realidad porque se merece tanto triunfar...

Yo, tan solo soy un felino pardo que nació y merodea por Sopeña, si algo tengo en común con los seres humanos es que puedo ver, oler y oír, al igual que ellos. Y si yo, que tengo otra visión del mundo soy capaz de fijarme en todos estos pequeños detalles, me cuestiono por qué los individuos de dos patas, los pasan por alto. Ustedes son los que alardean de tener conciencia y sentimientos,

¿no? Entonces yo les pregunto, ¿por qué no empiezan por aprovechar la libertad que poseen para aprender lo que es el respeto y validar las emociones?

Finalmente, cada individuo marca el camino de su propio destino, así que, por favor, prueben a andarlo sin juzgarlo pues difícilmente conocerán en su totalidad la realidad de la fuerza que muchos tendrán que sacar, para poder llegar con pequeños instantes de felicidad a su final.